

hizo la vida de un pobre chacarero (35). Allí recibió la noticia de la caída de O'Higgins y de que su esposa agonizaba en Buenos Aires en su solitario lecho nupcial. Sólo le quedaba en el mundo un amigo proscrito, y una hija fruto de su unión, que sería su Antígona, cuando ciego como Belisario, sólo le faltase pedir limosna en los caminos. Felicitó á O'Higgins por su caída. El ex-dictador, en marcha al ostracismo, le contestó: « Recibí los parabienes por mi separación » del gobierno, como una prueba de su amistad, y más » grande don de la providencia. — Después de tantos años » de lucha, descanso ! No puedo contar con otros fondos que » los de la hacienda del Perú (Montalván) que debo á su » generosidad » (36). En los mismos días, el desterrado de Mendoza le escribía : « Se me asegura que el mismo día que » usted dejó el mando, se envió una partida para mi aprehen- » sión. No puedo creer semejante procedimiento ; sin embar- » go, desearía saberlo para presentarme en Santiago, aunque » después me muriese, y responder á los cargos que quisie- » ran hacerme » (37). Es el caso de exclamar como el poeta :
Oh! quanto è triste!

(35) Carta de O'Higgins á San Martín, preso en Valparaíso, de 5 de marzo de 1823. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI).

(36) Véase « Las cuentas del Gran Capitán », por B. Mitre. — En el vol. LXVII, del Arch. San Martín se encuentran coleccionados todos los documentos comprobantes de las cuentas del Gran Capitán en el curso de su carrera. M. SS.

(37) Carta de San Martín á O'Higgins, de 1.º de marzo de 1823, M. S. (Papeles de O'Higgins, en Arch. Vicuña Mackenna).

VI

La retirada de San Martín del Perú, en medio de la plenitud de su gloria, con elementos bastantes para mantenerse en el poder y luchar contra el enemigo, fué un misterio para los contemporáneos, excepto para Bolívar, y á última hora, para su amigo Guido. Unos la calificaron de acto de abnegación á la manera de Washington. Otros la juzgaron como acto de deserción del hombre de acción desalentado, impotente para gobernar los sucesos. El tiempo ha disipado el misterio, y habilitado á la posteridad para pronunciar con conocimiento de causa el juicio definitivo, á que él mismo apeló, en su proclama de despedida.

San Martín, con su claro buen sentido y con su genial modestia, aunque violentándose á sí mismo según confesión propia, se dió cuenta exacta de la situación y de sus deberes para con ella, y los cumplió con prudente abnegación. Se reconoció vencido como hombre de poder eficiente para el bien, y exclamó resignado : « ¡ El destino lo dispone así ! » (38). No se creyó un hombre necesario, y pensó que la causa á que había consagrado su vida podía triunfar mejor sin él que con él. Al sondar su conciencia, debió comprender que no era como Macabeo el caudillo de su propia patria y no tenía el derecho de exigir sacrificios al pueblo en holocausto de su predominio personal. Sin voluntad para ser déspota y sin el suficiente poder material para terminar la lucha con fuerzas eficientes, abdicó, eligiendo su hora, para descender antes de caer empujado por acontecimientos que no estaba en su mano

(38) Palabras de su carta á Bolívar, anunciando su resolución de retirarse de la vida pública.

detener. Comprendió que era un obstáculo para la reconcentración de las fuerzas continentales, y se apartó del camino abriendo paso á una ambición absorbente, que era una fuerza, y cuya dilatación era indispensable en último caso para el triunfo de la independencia sud-americana. Podía luchar, pero no estaba seguro de triunfar solo: Bolívar tenía en sus manos el rayo que á uno de sus gestos podía fulminar las últimas reliquias del poder colonial de la España en América, pero á condición de no compartir con él ni con nadie su gloria olímpica. Al reconocer el temple de sus armas, vió que le faltaban las fuerzas morales de la opinión, y que su ejército no estaba identificado con su misión de libertador como cuando en Rancagua le confiara su bandera. Al pasar revista á los once mil soldados libertadores por él reunidos en el último campo de batalla de la independencia, calculó que podía tentarse con ellos el último esfuerzo con probabilidades de éxito; pero en previsión de un contraste, á fin de no privar al Perú de la poderosa reserva de Colombia, que en todo caso restablecería el contraste y fijaría la victoria, se retiró, sacrificando estoicamente, como dijo, « hasta su honor militar ». Previó, que en término fatal, su gran personalidad se chocaría con la gran personalidad de Bolívar, con escándalo del mundo, retardando el triunfo de la América con mayores sacrificios inútiles, y se eliminó. Como el centinela que ha cumplido su facción, entregó al vencedor de Boyacá y de Carabobo la espada de Chacabuco y Maipu, para que coronase las grandes victorias de las armas redentoras de las dos hegemonías sud-americanas.

Tal es el significado histórico y el sentido político y moral de lo que se ha llamado la abdicación de San Martín. No fué un acto espontáneo como el de Wáshington, al poner prudente término á su carrera cívica. No tuvo su origen, ni en un arranque generoso del corazón, ni en una idea abstracta. Fué una resolución aconsejada por el instinto sano y un acto im-

puesto por la necesidad, ejecutado con previsión y conciencia. Resultado lógico de una madura reflexión, con el conocimiento de sí mismo y de los hombres y las cosas de su tiempo, lo que tiene de grande, es lo que tiene de forzado y de deliberado á la vez. Si no una abdicación voluntaria, fué una cesión de destinos futuros para asegurar mejor el beneficio de los trabajos de ambos libertadores, y ahorrar á la América sacrificios innecesarios, á costa del sacrificio de una ambición personal, que no era ya un factor necesario.

Aquí se ve lo falible que es el juicio y lo pobre del criterio de los pueblos, ofuscados por los hechos aparentes ó las palabras vacías de sentido. Sólo el tiempo, gran clasificador de los hechos y revelador de las verdades más ocultas, enseña á comprender y juzgar los actos y los documentos de la historia. Ha sido necesario que transcurriese un cuarto de siglo, para que la famosa proclama de San Martín, dejase de citarse á la letra, como un monumento histórico, y como la manifestación del alma de un grande hombre en un momento supremo!

Si San Martín hubiese abdicado el mando por los motivos consignados en su proclama de despedida, sería indigno de su fama, y merecería, después de la injusticia de sus contemporáneos, el desprecio de los venideros. Si en la plenitud del poder y con medios suficientes para llevar adelante su obra, hubiese dejado una página inacabada y una misión por llenar, habría sido un poltrón y un desertor de su bandera que retrocedía ante el trabajo y el peligro. Si hubiese abdicado, como lo dijo, « porque estaba aburrido de oír decir que quería hacerse soberano », habría cedido á un arranque caprichoso de pueril enojo, indigno de las acciones reflexivas de un varón fuerte. Si la consideración de que « la presencia de un militar afortunado era un peligro para un Estado que de nuevo se constituía », — repetición de lo que había dicho Bolívar antes, — obró en su ánimo, sería un héroe de papel, hen-

chido de humo y vanidad, revestido de una falsa magnanimidad, que otorgaba favores imaginarios cuando aun era un problema la existencia del nuevo Estado de que se consideraba supremo dispensador. Para honor suyo había consignado los verdaderos motivos de su retirada en su carta á Bolívar, que esplanó con intimidad en las confidencias de su última noche peruana. La proclama de despedida que lleva su nombre, y que ha contribuído á extraviar el juicio de la posteridad, ó fué un disfraz de circunstancias para cubrir su retirada, fiel á la ley del silencio que se impuso, ó un manto de oropel que se dejó echar con indiferencia sobre sus hombros. Lo único que hay de él en ese documento, es su espíritu de desinterés y su apelación al fallo de la posteridad.

La vida pública de San Martín termina aquí: pero su acción se prolonga todavía en la historia, acompañando, aunque ausente, la lucha de la emancipación sud-americana hasta su triunfo final, con la desaparición de los últimos restos del ejército argentino de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO

Páginas.

CAPÍTULO XXX. — *Expedición Libertadora del Perú* (*Segunda campaña de la Sierra*). — 1821 :

Retrospecto. — Las quebradas centrales de la cordillera. — Explicaciones estratégicas. — La resistencia de Aldao en la Sierra. — Gamarra es nombrado comandante general de la Sierra. — Ricafort y Valdez expedicionan á la Sierra. — Resistencia de los indígenas. — Combate de Ataura. — Retirada desastrosa de Gamarra. — Repliegue de Ricafort y Valdez á Lima. — Combate de Quiapa. — San Martín resuelve posesionarse sólidamente de la Sierra. — Expedición de Arenales y sus objetos. — Atraviesa la cordillera y se posesiona del valle de Jauja. — El armisticio de Punchauca suspende sus operaciones. — Refriega de Huando. — Prórroga del armisticio y violación accidental de él en la Sierra. — Arenales reconcentra sus fuerzas en Jauja. — Pinchadas complementarias al retrato de Arenales. — Los realistas se disponen á evacuar Lima. — Planes de Arenales para batirlos en su retirada. — Marcha en busca de Canterac. — Conflicto en que se encuentra y contra-marcha. — Correspondencia entre Arenales y San Martín sobre operaciones de guerra. — Situación lamentable de Canterac al cruzar la cordillera. — Retirada del virrey La Serna y su rechazo por los Yauyos. — Reunión de La Serna y Canterac. — Arenales se retira de la Sierra y repasa la cordillera. — San Martín le previene tardíamente permanezca en la Sierra. — Nuevos planes de Arenales. — La división de la Sierra se reconcentra á Lima. — Consecuencias de un error.

1